

SECTORES POPULARES DE BARILOCHE DURANTE LOS '90

DESIGUALDAD SOCIAL Y TERRITORIALIDAD

A fines del siglo pasado aparecieron en escena las patotas en Bariloche, en su mayoría conformadas por jóvenes de barrios populares que visibilizaron una realidad silenciada.

Javier Nestares

El neoliberalismo se puede sintetizar como la corriente político-económica hija pródiga de un sistema capitalista de avanzada. A sabiendas de la complejidad que representa definir en pocas líneas un término tan amplio, controversial y dinámico, aquí solo señalaré las características más destacadas del modelo, que pasan por una gran liberalización de la economía y de la mínima expresión del gasto público, incluso a costa de no garantizar derechos básicos para toda la población.

Esta retracción del Estado conllevó graves consecuencias para gran parte de la población argentina, principalmente durante las décadas de 1980 y 1990, agravando la situación económica de muchas personas y dando aliento a novedosas expresiones culturales, sobre todo en los sectores populares.

El sociólogo uruguayo Denis Merklen sostiene que en Argentina ocurrió una inscripción territorial básicamente por una desinstitucionalización de la relación laboral, que obligó a las clases populares argentinas a innovarse para afrontar un día a día complejo. En lo que se denominó un nuevo repertorio de acción, los lugares de hábitat fueron el puntapié inicial de este nuevo escenario. Ante la pobreza y el proceso de desafiliación institucional masiva, muchos encontraron refugio en su barrio, convertido al mismo tiempo en lugar de repliegue y de inscripción

colectiva. Así se puede comenzar a entender por qué, a medida que la deficiencia institucional se extendió y aumentó el número de individuos que no encontraron soportes suficientes en el mundo del trabajo, el barrio se presentó como un lugar privilegiado para la organización de solidaridades y cooperaciones, base de acción y fuente de identificación.

Bariloche no fue un caso ajeno a esta gran contextualización; por el contrario, se presentó como un caso típico, con una tendencia hacia el polo más cruel de la realidad popular mostrando aristas antes desconocidas y desconcertantes para residentes y visitantes de la ciudad.

La dicotomía histórica entre el Alto y el centro

San Carlos de Bariloche es uno de los ejidos urbanos más extensos del país: cuenta con 27.455 hectáreas. El neoliberalismo no hizo más que profundizar diferencias en una ciudad marcada por las distancias físicas y sociales, ya presentes desde su relanzamiento como polo turístico a mediados del siglo XX.

Los aspectos topográficos (desniveles pronunciados y grandes quebradas), la actividad turística, la presión demográfica e inmobiliaria, la existencia de áreas naturales protegidas y los gobiernos municipales con escasa capacidad de planificación, contribuyeron a una expansión desordenada y a una profunda diferenciación interurbana. Se instauró la idea (debatida, pero aún en pie) de una Bariloche de dos caras: una que mira al lago y goza de mejores condiciones socioeconómicas y ambientales, vinculada con la actividad turística, y otra en los márgenes elevados, con población que vive en condiciones muy desfavorables.

La supremacía económica de un grupo minoritario de residentes y la estigmatización de otros, han sido fuente de múltiples y constantes tensiones con foco en la población de los barrios periféricos ubicados al sur y en las cotas más altas de la localidad. Podemos denominar a estos últimos -en su mayoría- barrios populares, ya que según la Ley de Tierras de Barrios Populares, son los asentamientos habitacionales que no tienen acceso regular al menos a dos de los

Palabras clave: Bariloche, marginalidad, sectores populares, patotas.

Javier Nestares¹

Prof. y Lic. en Historia
javiernestares@gmail.com

¹Centro de Capacitación Técnica N°1 (CCT N°1).
Bariloche, Rio Negro.

Recibido: 10/12/2018. Aceptado: 11/05/2019.



Imagen: J. Nestares.

Barrio Malvinas al sur de la ruta Juan Herman. Bariloche, 2019.

servicios básicos: red de agua corriente, red de energía eléctrica con medidor domiciliario y/o red cloacal. Estos barrios están marcados por la diversidad, con una fuerte impronta de gente llegada de Chile y de las áreas rurales de la provincia.

Una serie de trabajos de los años '90 encabezada por el arquitecto Carlos Abalerón sobre 19 barrios del Alto barilocheño, puede ayudar a entender algunos aspectos del cotidiano comunal y su devenir histórico. Por ejemplo, se destacó la precariedad en la infraestructura edilicia, dando algunos datos concretos: un 89% de las viviendas visitadas tenían en sus techos chapas de cartón alquitranado, un 93% paredes hechas con madera de desechos sin ningún aislamiento o protección contra el frío, un 18% sin ninguna clase de piso, un 93% tenían retretes fuera de la casa sin descarga de agua, y solo un 55% contaba con electricidad.

Con lo anterior presente y como referencia, podemos decir que en Bariloche, el hecho de que las personas que menos recursos tenían para afrontar las inclemencias del tiempo se ubicaron donde más precisaban de estos recursos, potenció la precariedad en las condiciones de vida de los sectores populares.

La mayor concentración de barrios pobres se observa al sudoeste y al sur del centro, donde las bajas temperaturas y los fuertes vientos provocan grandes heladas, bajas sensación térmica, gran acumulación de nieve, la persistencia del hielo, presencia de barro

como consecuencia de estos hechos del deshielo, ya que en general las calles no se encuentran asfaltadas.

Algunas de las consecuencias son la posibilidad de contraer enfermedades y tener dificultades para realizar tareas vinculadas a la escolaridad, con la consiguiente posible deserción y (en los peores casos) definitivo y prematuro abandono del hogar.

El desarrollo urbano de Bariloche fue errático, improvisado y violento con los habitantes de pocos recursos económicos. La disposición espacial de los barrios populares no se debe a un estado totalmente ausente, sino que es mayormente producto de una forma cualitativamente diferente de la presencia estatal: una para un centro costero hecho postal, y otra para un Alto pobre y olvidado (o más bien ignorado). Esto fue, inexorablemente, calando hondo en el sentir cotidiano de generaciones excluidas, creando, entre otras cosas, identidades en relación a su barrio.

Las patotas y el imaginario social

Con el telón de fondo presentado, los últimos cuatro años de la década del '90 expusieron una arista de esta realidad compleja nunca antes vista en la ciudad de los pintorescos lagos y lindos cerros nevados y, para sorpresa de muchos, la pobreza se manifestó de una manera violenta, novedosa para la zona: la formación de patotas.

Estas patotas eran grupos de jóvenes y adolescentes, que producto de intereses (o desintereses) comunes,



Imagen: J. Nestares.

Intersección de calle Mange y ruta Juan Herman. Lugar donde se arrojó una granada que causó la muerte de un joven en enfrentamiento entre bandas antagónicas.



Imagen: J. Nestares.

Margen sur del barrio Eva Perón, sobre el filo de la cantera.

tanto propios como ajenos, coincidían en compartir espacios y tiempo de su cotidianeidad.

Viéndose y sintiéndose excluidos de todo, adoptaron un nombre o un símbolo que los identificase, y se visibilizaban a través del control de su barrio de residencia. Nombres como Los Cobras, Los Gorritas, Las Intocables, Los Bori Bori, Los Panduro, Los Chascones, entre otros, se hicieron conocidos por los barilocheños, a tal punto que la mención de cada uno de ellos podía ser rápidamente vinculada al barrio o sector de la ciudad en el que solían concentrarse. Este dominio era claramente territorial y se podía manifestar de distintas formas, por ejemplo, podían cobrar "peaje" para poder circular por donde estaban ellos, o simplemente no permitir el paso a su sector en cierto horario. También había una ambientación característica del lugar que acostumbraban ocupar, a través de *graffitis* con el nombre del grupo (y el de quienes lo integraban) o leyendas que aludían a su valentía y coraje.

22

Con relación al liderazgo, solían ocurrir enfrentamientos internos por la disputa del mando, que

podían ocasionar graves heridas entre los involucrados. Por otro lado, estos grupos solían ser antagónicos entre sí, y sus peleas eran frecuentes y marcadas por la violencia interpersonal extrema. Había en esos cruces, una disputa por el título de la banda más brava y, como podemos inferir, luego de un enfrentamiento, se sucedían respectivas venganzas, lo que hacía que la cadena de violencia no encontrara fin.

Si bien estos hechos solían darse en puntos de conexión entre territorios barriales, porque se efectuaban eventuales invasiones de territorios (lo que era percibido por los perpetradores como una muestra de valentía, y por el otro lado era entendido como una ofensa), los más escandalosos por su masividad y exposición se producían en eventos sociales comunales, como en el Carnaval y en la Fiesta de la Nieve. Lejos estuvieron las autoridades de encontrar una respuesta satisfactoria a esta problemática.

En el caso del Carnaval, se suspendió todo tipo de actividad en esas fechas; no se vieron más comparsas coloridas y alegres en Bariloche por más de una década. En el caso de la Fiesta Nacional de la Nieve,

EL BORA

El BORA fue el primer grupo policial de elite de la Policía de Río Negro, creado en el año 1991 con la marcada misión de reprimir en casos de protestas y situaciones caracterizadas como conflictivas por el poder político. Ante la marginalidad y sus expresiones, la respuesta estatal fue crear un grupo organizado, aún más violento. La brigada creció tanto en adeptos como en infraestructura, durante años; tanto es así que en mayo de 2004 (luego de tres años de proyecto) se creó, en un espacio de diez hectáreas al norte de la ciudad rionegrina de Allen, el Centro de Instrucción Especial Bora (CIEB), el cual fue dotado con mobiliario y tareas permanentes. Este grupo se destacó por intervenciones de resonancia pública, principalmente ante jóvenes pobres de distintas partes de la ciudad y la provincia. Pero no sólo ahí terminó su función, también fueron renombrados en el plano nacional cuando, en abril de 2002, se les ordenó actuar contra docentes de la provincia que reclamaban el pago de sus salarios. Un cúmulo de represiones a distintos actores de la sociedad fue configurando una opinión negativa de parte de la ciudadanía para con el BORA, ya que quienes debían proteger eran, en definitiva, los más peligrosos. La presión de gremios, multisectoriales, agrupaciones civiles de derechos humanos y muchos otros actores del colectivo obligaron al cese de actividades de este grupo como tal, después del fatídico 17 de junio de 2010. Pero su desmantelamiento fue un acto meramente político, pues mutó a otro grupo de elite denominado Cuerpo de Operaciones Especiales y Rescate (COER) en 2012, según lo estableció el decreto 1273 en el boletín oficial provincial. Se trató meramente de una leve mutación, pues las misiones y funciones en la práctica siguieron siendo las mismas; sólo se puede destacar como novedosa la inclusión de personal femenino en sus filas.



Imagen: A. Leiva

Integrantes del BORA.



Imagen: A. Leiva

BORA en acción.

se siguió realizando con fuertes operativos policiales perimetrales a la zona del evento, luego de fracasar en la decisión de alejar la fiesta llevándola a la base del Cerro Cathedral.

En resumidas cuentas, los acontecimientos produjeron varios heridos e incluso muertos. Era una situación compleja, agravada por el escaso conocimiento de la temática, que se potenciaba por notas periodísticas típicas, donde solo se focalizaba en los efectos, aunque nunca hubo una indagación para mostrar causas que explicaran el fenómeno.

El diario Clarín envió corresponsales a la ciudad y elaboró una nota extensa titulada "Una ciudad asediada por patotas", que fue publicada en enero de 1998. En la misma se describían las actividades de grupos de jóvenes violentos, que en total sumaban

unos 200 miembros, que robaban y cometían actos vandálicos, pero que no solían atacar el centro turístico. Meses más tarde, el diario La Nación también se ocupaba del tema y ponía de manifiesto lo siguiente: "La preocupación va en aumento. Este verano hubo dos muertos: un adolescente de 16 años y una joven de 19, que dejó huérfano a un bebé de 14 meses. La policía interviene, pero la respuesta no espera. Tras una razia, en octubre último, 400 personas, entre ellas muchos menores, atacaron a tiros y pedradas la comisaría 28ª, en 'el Alto', el corazón de la zona más caliente de la ciudad (...). "Yo los vi nacer" -relata un policía-. Hace cuatro años eran chicos de 11 o 12 años, que se peleaban con bolas de nieve"

Luego agredieron a los vecinos, que se quejaron y entonces los identificaron como grupos: ante la

Imagen: J. Nestares.



Viviendas familiares ubicadas al margen sur del barrio Arrayanes.

prensa, la policía, los vecinos, vieron que, por primera vez, eran alguien. No tardaron en ponerse nombre y hoy Los Cobra, Los Gorrita y otros siembran el temor en el Alto.

Asimismo, tomó gran repercusión mediática la muerte de un joven, causada por el estallido de una granada arrojada por integrantes de otro grupo. Para muchos visitantes ocasionales de la ciudad (y para algunos residentes alejados de la zona de conflicto) fueron este tipo de eventos los que actuaron como presentación de ese otro Bariloche, antes un poco tímido.

Una lectura descontextualizada de estos eventos hacía ver que la ciudad estaba en medio de una guerra constante entre grupos de jóvenes, y que era casi imposible hacer algo (que no fuese represión, prisión o muerte) para estos “asediadores, vándalos sembradores de temor”. La complejidad era real, pero no se debe olvidar que todo se suscitó a partir de profundos procesos históricos de marginalidad. Visto así, estos jóvenes reaccionaron ante una violencia estructural que los invisibilizaba y los perpetuaba en el abandono y la pobreza. Su refugio fue la protección mutua, la búsqueda de resguardo y complicidad con el par dentro de sus grupos.

Más allá de los actos conocidos a través de los medios, los integrantes de estos grupos generaban profundos lazos de solidaridades mutuas. Ya no estaban más solos, alguien se preocupaba por ellos, eran parte de algo. Se los conocía y respetaba tanto a ellos como a sus familias.

El tiempo pasó y los grupos se fueron perdiendo en el horizonte local, y lo hicieron de la misma forma en que aparecieron: producto de la violencia. Se pueden sintetizar los motivos de la partida en tres puntos: algunos fueron detenidos por recurrencia en actos violentos, otros fueron muertos en enfrentamientos con la policía, y hubo una feroz escalada represiva efectuada por un grupo policial de elite, creado por la provincia de Río Negro, denominado Brigada de Operaciones, Rescate y Antitumulto (BORA) (ver Recuadro).

Resumiendo, puede decirse que los hechos derivados de esta cadena de violencia y su consiguiente exposición mediática, crearon y moldearon el imaginario social local que aún hoy perdura. Siguiendo al pensador francopolaco Bronislaw Baczko, podemos decir que las sociedades se encargan de inventar permanentemente sus propias representaciones globales, ideas-imágenes a través de las cuales se dan una identidad y sobre todo detectan sus divisiones. Designar su identidad colectiva es, por ende, marcar su territorio y las fronteras de éste, definir sus relaciones con los otros, formar imágenes de amigos y enemigos, rivales y aliados. Sin dudas, también significa conservar y moldear los recuerdos del pasado, así como proyectar hacia el futuro miedos y esperanzas. La estigmatización del Alto ha perdurado en el imaginario local, vinculándolo a zonas de violencia desmedida, sin razón y peor aun, sin nada por hacer más que ejercer una mayor violencia.

Reflexiones sobre el presente

La localización de los pobres siempre en los márgenes de la ciudad produjo secuelas negativas que se vinculan y potencian, conformando un complejo círculo vicioso. Hoy vemos cómo las distancias "al centro" (lugar de trabajo, servicios y bienes) se siguen ampliando tanto física como socialmente. Esto es una muestra de que el espacio urbano es, al mismo tiempo, resultado y productor de complejos procesos que profundizan las desigualdades sociales y culturales y contribuyen a generar segregación urbana, tal como sostiene la geógrafa Brenda Matossian.

La imagen de los barrios del Alto, "alejados", pobres y peligrosos, presente en los medios de comunicación casi de manera permanente desde hace años, produjo en muchas personas del sector mejor acomodado de la ciudad, tanto económica como espacialmente, un sentimiento de cierto desprecio y apatía hacia los habitantes de estos barrios, hecho que dificulta un trabajo de integración e inclusión social exitoso.

La violencia siempre tiene un sentido, por lo menos para quien la ejerce. Hay un por qué en cada acto, y nuestro deber como actores sociales comprometidos con el bien común es encontrarlo, explicarlo y hacer lo posible para prevenirlo. Puntualmente hacemos esta aclaración porque en la actualidad barilocheense nuevamente hay muchos jóvenes desamparados,

perdiéndose en la noche, sin contención y que están buscando ser visibilizados. Ante esto, la respuesta vuelve a ser la misma que en los '90: menos asistencia social (cierre o desfinanciamiento de programas vinculados al trabajo de campo con jóvenes), menos educación (finalización de programas como Conectar Igualdad), menos salud (quita del programa Remediar) y por otro lado más presupuesto en "seguridad", incremento de armas y elementos anti motines de última tecnología.

Una vez creada y consolidada en el tiempo, la imagen de jóvenes "peligrosos" del Alto, el camino se presenta allanado para una nueva oleada de políticas neoliberales que aumente la criminalización de los jóvenes pobres. La posibilidad de revivir algunas de las escenas más nefastas en nuestra ciudad parece seguir creciendo. De ocurrir esto, no podemos ni debemos mostrar sorpresa una vez más.

Resumen

A fines del siglo XX, Bariloche se vio atravesada por una escalada de violencia entre grupos de jóvenes de los barrios más pobres. Las personas del sector acomodado del reconocido centro turístico sólo conocían los acontecimientos a través de medios de comunicación. Son puntualmente éstas miradas las que nos servirán para pensar la desigualdad e inequidad como creadoras y reproductoras de imaginarios sociales.

Lecturas sugeridas

- Auyero, J., y Berti, M. F. (2013). La violencia en los márgenes: una maestra y un sociólogo en el conurbano bonaerense. Buenos Aires, Argentina: Katz Editores.
- Baczko, B., y Baczko, B. (1999). Los imaginarios sociales: memorias y esperanzas colectivas/Les imaginaires sociaux. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- Fuentes, R. D. (2013). El Descuartizador de San Carlos de Bariloche. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: De los Cuatro Vientos.
- Merklen, D. (2005). Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina 1983-2003). Buenos Aires, Argentina: Gola.
- Diario Clarín. En URL: <http://edant.clarin.com/diario/1998/01/15/e-03201d.htm>
- Diario la Nación. En URL: <http://www.lanacion.com.ar/92698-llego-a-bariloche-la-ola-de-inseguridad>